

Sergio Pitol, el mago de las palabras / Humberto Hernández

In memoriam a Sergio Pitol

...la inspiración es el fruto más delicado de la memoria. Sergio Pitol

Á

Á

Ven cuando quieras, me dijo, dándome la mano para despedirme en la puerta.

Á Á Á Á Á Era la primera vez que estaba en su casa, en el centro de Xalapa, un caserón antiguo que él había hecho remodelar en una «formidable» (una de sus palabras favoritas) combinación de modernidad y tradición, como él mismo, como su obra, alternando buen gusto con eficacia utilitaria, solidez delicada, equilibrio que respiraba toda la casa, pisos de parquet, espacios amplios, luminosos, paredones de fortaleza, rincones discretos que ofrecían pausas de intimidad, estrechos pasillos palaciegos, colores cálidos, desniveles, escaleras angostas como un secreto, ángulos que hacían pensar en laberintos contradictorios y, en vez de cerrarse a muros ciegos, llevaban a otros ámbitos, recovecos, diagonales que conducían la mirada hacia inesperadas visuales, espacios abigarrados en contraposición a pequeñas áreas vacías como nichos meditabundos; bienestar natural, sin ostentación, reflejo de su personalidad por doquier, esa energía a suya de poderosa suavidad, casi de ternura, podía decirse, tocando cada objeto, necesidad de cariño que se dejaba sentir en el pulso de su espíritu (se sabe: fue huérfano desde muy niño); pinturas, artesanías, dibujos, obras de arte... Recuerdo una cruz, hermoso objeto de plata con incrustaciones; parecía bizantina, se lo comentó; La compré en Chiapas, dijo; no se andaba con poses y, aunque refinado, tenía esa sencillez del hombre que mira a los demás como compañeros de viaje por la existencia; juguetes, cochecitos, y, sobre todo, libros, libros, libros, librerías en prácticamente todas las paredes; sala para ver películas y videos de ópera, otra de sus pasiones; todavía no admitía en su privacidad la electrónica, aunque ya había algunas pc para Manuel y para una asistente, y en el auto había teléfono; algunos años después entré de lleno la computadora, que a él, entusiasta ávido de las novedades, le fascinó; puso una computadora cerca de su mesa de trabajo; fotografías de sus héroes literarios, Paz, Reyes, Fuentes, Kafka y otros, altar a los atamanes de la escritura para que amparasen el desarrollo de la suya: a pocos pasos, una estufa de leña a estilo California; era friolento, la humedad del clima xalapeño erizaba su salud frágil y su carácter enfermizo; abundantes plumas de tinta viva, fuentes.

Á Á Á Á Á En su habitación, lo único austero del resto de la casa, tanto que parecía monástica, la cama escasa; honrando digno escritor, con hábito frugal, las horas de sueño, era insomne; años después viví en Xalapa, llegué a pasar de madrugada por el rumbo, veía las luces de la sala encendidas. Muchas veces le noté en el rostro los estragos de las noches en vela, como todo el que lleva el corazón ferviente con los torbellinos de las ideas; algo de eso cuenta en El arte de la fuga. Y ahí, al lado de su lecho de monje, librerías con los que denominaba «mis libros de cabecera».

Á Á Á Á Á Junto al garaje, en una habitación, mesa grande al centro, en librerías que cubrían por completo las paredes, libros de arte y de teatro; yo le había regalado una antología en que se publicaba una obra mía: ahí estaba también. En otra, bajo una especie de puente que comunicaba un ala lateral de la casa, su colección de El Sábido Círculo, esa afanosa serie detectivesca de Bioy y Borges. Son unos catorce mil, respondí a mi pregunta. Siguieron llegando libros, las editoriales le enviaban cajas. Me conté, al regreso de algún viaje, su periplo de atravesar andenes, pasillos en terminales y aeropuertos para conexiones y transbordos, cargando maletas llenas de libros, era su vida, y biblioteca su casa, perfectamente ordenada y organizada; Tengo un sistema de clasificación muy sencillo, decía, creo que al final serán unos veinte mil.

Á Á Á Á Á Aquí tengo todo, comentó alguna vez, no necesito salir; y salía, inquieto; como Quevedo, el mundo hechizaba su alma exploradora.

Á Á Á Á Á Alguien que conocía al arquitecto me contó de los avatares de complacer a un cliente exigente; en el momento los alebrestaba, imitable, en la revisión de sus libros, no le agradaban los formatos de una edición de sus obras reunidas, o completas, unos armatostes enormes, pesados; Son imprácticos, decía, quién va a cargar eso para leerlo; la exigencia del artista iba siempre delante, perfilando sus actos.

Á Á Á Á Á Le había telefonado pidiéndole que me recibiera. Había asistido a eventos, alguna charla, una entrevista de café con Javier Solórzano, un curso sobre escritores rusos que vino a dar al puerto, presentaciones de libros, incluso Nancy Torres quiso tomarme una foto con él, pero no lo había tratado de manera personal, hasta hacía pocas semanas; Luis Gastelum nos presentó en una feria del libro de la Universidad Veracruzana, cuando el homenaje a Francisco Hernández, la época en que se efectuaba en Los Lagos.

Á Á Á Á Á Me reconoció enseguida, platicamos largo; soy preguntón: creyó en algún momento que le estaba haciendo una entrevista; cuando le dije que ya no estaba en el periodismo la charla derivó hacia rumbos más modos, informales, relajados.

Á Á Á Á Á Ese primer día, al despedirme, me obsequió su antología Cuentos de una vida, que editó Braulio Peralta. Otra vez me regaló uno de sus libros de cuentos con una hermosa dedicatoria; yo le contaba de mis talleres de escritura, mi actividad como promotor de lectura, mi trabajo en prisiones.

Á Á Á Á Á Le tomé la palabra: fui cuando quise. Al principio llamaba para ir, luego llegaba sin avisar. Me volví asiduo. Tomás Manuel, Guillermo, me fueron conociendo, y aceptando, y los perros, Homero, Diana, que se murió, y Lola después a no estaba Sacho, su perro famoso, pastor belga, creo, enorme. Adoraba a los perros; cuando la fama le llovió a raudales quisieron dar su nombre a un recinto cultural, y él prefirió que se lo pusieran a un albergue para animales. Ahí

está; el sitio, en alguna carretera de Veracruz, lleno de perros y gatos sin hogar.

Á Á Á Á Á Anfitrión excelente, ofrecía-a café, que él bebía-a con un chorrito de leche, sin azúcar; agua, cigarrillos, fumaba cesar, uno tras otro. Siempre me acompañaba a la puerta para despedirme; y al llegar, nunca se omitió el protocolo de avisarle primero. Aunque he experimentado eso sólo en el imaginario, siempre me parecía que aquello era como una especie de ceremonia inglesa. Él no soltaba los hilos con que conducía-a la vida de la casa.

Á Á Á Á Á Hombre de mundo sin la frivolidad que caracteriza a éstos, nobleza sustancial corría-a por su sangre para dirigir la actitud humanista con la que se situaba entre los otros; fraterno y cordial, así- miraba la vida. Me inspiraba gran respeto su viveza de ser que ha convertido la experiencia en conocimiento para vivir. Ante todo, la vida; corría-a el riesgo de formarme una cultura libresca, escribe en uno de sus libros. Casi con veneración admiró su capacidad de construir una formidable estructura con su esfuerzo individual y su talento literario; Nunca he pertenecido a grupos, se vanagloriaba alguna vez; al final, sería-a el acoso de la vejez, algo de eso cambiaba. En él se cumplía-a la frase de Hemingway de que el escritor antes que escritor debe ser hombre; sería-a demasiado escritor y eso lo hacía-a más humano...

Á Á Á Á Á Nunca perdió la sencillez, cierto azoro de niño, candidez, eso que Borges en Verlaine califica de «inocente como los pájaros»; ello lo erigía-a en un hombre verdadero, hondamente sensible, y así-, en mucho era como los niños, sonriente, exuberante, expresivo.

Á Á Á Á Á Mucho aprendí- de él, de sus conversaciones: enseñanzas sobre literatura, consejos y, lo más importante, lo que prodigaba con su mero existir, su visión de vida, su inteligencia.

Á Á Á Á Á Una tarde lo encontré en una librería: Estoy muy contento; y platicaba que había-a regresado, después de varios años, a impartir clase en la uv, una materia optativa, sobre literatura rusa; Los muchachos son formidables, comentaba sonriente, entusiasmado; me encantaría-a asistir, le dije; Pues ve, contestaba, me dio el santo y seña. Así- fui, tuve esa suerte, veterano oyente junto a aquellos jóvenes, y así-, eran sensacionales, inquietos, brillantes. Fue la última vez que dio clase; estaba Marduk ahí-, y otros. Dejé leer Memorias del subsuelo, y algunas más. Leímos también, ahí- mismo en el aula, entre todos, una obra de Chajov, en unas copias que reparti. Para aprender literatura debe leerse a los clásicos, decía-a. Alguno preguntaba: ¿Henry James es bueno? Él levantaba los brazos, dirigía la mirada hacia lo alto y, como en alabanza, dijo: Es Dios, traduje casi veinte libros suyos. Era como un chamán de la voz y las palabras; los muchachos percibían eso, había-a un ambiente ateniense de diálogo y conocer. Los jóvenes están hasta la madre de tanta tontería-a, había-a escrito. Organizaba temas y sesiones con unas tarjetas. Los rusos son como nosotros, tienen el alma parecida a la mexicana, afirmaba. Una mañana fuimos al salón de audiovisual para ver una película, basada en una novela de ¿Turguénev, Lérmontov? En la escena en que el personaje, todavía-a niño «creo recordar que la madre había-a muerto», va a ser enviado por el padre severo a estudiar a Alemania, con un pie en el carruaje que se lo llevaría, por años, quizá para siempre, de repente, afligido, lloroso, corre para abrazar a los criados, a la institutriz, al aya, a la cocinera, al caballero y a algunos siervos asiduos a la casa, ellos sollozan también, contritos, emocionados; cuando se dirige al padre, éste lo rechaza, no se deja abrazar, inerte en su rigidez patriarcal. Sin intención ni porqué, volteó de pronto a mirarlo, sentado del otro lado del pasillo, allí-, en la oscuridad de la sala: él enjugaba las gotas de un radiante cristal que descendían por sus mejillas.

Á Á Á Á Á Después de clase, Guillermo pasaba a recogerlo; llevaba casi siempre a los perros; me iba con ellos, me dejaban por el centro.

Á Á Á Á Á Hablábamos de todo, de escritores, de literatura, de cosas personales, de sus amigos, Vila-Matas trabaja mucho, siete, ocho o más horas diarias; Tabucchi también «todavía-a estaba el italiano». Yo también he trabajado mucho; le enorgullecía-a la actividad, prodigarse en el desempeño de su potencial.

Á Á Á Á Á No escribía-a todavía-a El mago de Viena; tenía-a un proyecto de una novela sobre Gogol, otro de sus héroes: se situaba en Roma, el asunto era policial; no lo dio a luz, o no lo concretaba, no sólo que pasaría-a con esas notas; alguna vez le pregunté, no me dijo mucho.

Á Á Á Á Á Estoy atrasado en mis proyectos como año y medio, decía-a; le comenté que había-a leído que Paz decía-a que atrasaba como quince años. Sonríe.

Á Á Á Á Á Escribía-a en un cuaderno forma profesional, en páginas salteadas, dejando una libre para correcciones: Así- escribe Fuentes, me dijo, después lo paso a máquina. Junto a su mesa de trabajo, en otra más pequeña, la máquina eléctrica; la enorme luz blanca de la lámpara fluorescente se derramaba sobre toda la estancia.

Á Á Á Á Á Estricto, disciplinado.

Á Á Á Á Á Para El mago de Viena, contaba cómo estaba escribiéndolo: Escribo desde la mañana hasta la madrugada, sólo paro para comer, dormir, y lo esencial, bañarme, esas cosas. Dicen que es lo mejor que he escrito, me comentaba cuando lo enviaba para su publicación. ¿Es una novela?, le pregunté, cuando me dijo el título; él me miraba con una de esas miradas donde se asoma el tiempo, y después de una leve pausa, contestaba: Es un libro...

Á Á Á Á Á ¿Nunca dudaste?, le pregunté una vez; iba a extender la pregunta, quería-a saber si él vislumbraba, en sus primeros cuentos, si lo que escribía-a tendría-a algún valor futuro, si se preveía-a convertido en el gran escritor que ha sido. Él se adelantaba: Todavía-a dudo si poner una coma...

Á Á Á Á Á Una vez le llevé un texto más, un poema visual; lo había-a escrito para exponerlo impreso como póster en una colectiva con pintoras; el texto modelaba una forma que era el tema de la muestra. Empezaba a leerlo; sin decir nada, lo dejaba por ahí-; pensó lo que cuenta Borges de Lugones: «Me hubiera gustado que le gustara algún trabajo más o menos».

Á Á Á Á Á Otra ocasión, platicábamos del Quijote. Yo polemizaba: ¿es un héroe o un antihéroe? ¡No!, afirmaba presto, tajante, es un héroe.

Á Á Á Á Á Hablando de Alfonso Reyes, él lo conocía, asistía-a a su clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la unam. Recordamos el verso de Borges, «renovó la prosa castellana». En El mago de Viena cuenta que una carta suya le abrió las puertas en Venezuela.

Á Á Á Á Á Te soñaba, le conté un día, eras muy alto, eras grande como Cortázar; Seré porque voy a curarme, contestaba

entusiasmado. Dentro de poco se iba a Cuba, a un novedoso procedimiento mÁ©dico. Enfermizo e hipocondriaco, a merced de catarras y gripes, tapado hasta las orejas, medicÁndose, sometido a tratamientos y curaciones, cÁmara hiperbÁrica, acupuntura, pulseras, piedras, tisanas, biomagnetismo, herbolaria; despuÁ©s de un largo tiempo en la adversidad, los enemigos se vuelven compa±eros; asÁ- la enfermedad llegÁ³ a ser su aliada fiel, lo acompa±Á³ siempre; creo que Roberto Bola±o â€”Lo conocÁ-, decÁ-a, los publicaba la misma editorial, chaparrito, muy simpÁtico, vivazâ€”, es qui dijo que es buena musa, la enfermedad; Neruda ha cuestionado esa leyenda errÁnea del dolor en la poesÁ-a, y hace notar que SÁfocles era llamado el poeta feliz. DespuÁ©s supe que ese sue±o era una premoniciÁ³n de la fama que lo alzÁ³ a resultas del Premio Cervantes.

Á Á Á Á Á Si tuviese que creer en algo como en una religiÁ³n, escogerÁ-a el budismo, o el sufismo, me dijo una vez, hablando del tema.

Á Á Á Á Á Era un Á-dolo en Xalapa, una especie de hÁroe intelectual en personaje cotidiano; uno podÁ-a encontrarlo en la calle, en el sÁoper. Eusebio Ruvalcaba, una vez que vino a la Feria del Libro de la uv, se asombrÁ³ del asombro que significaba Pitol: Á«Es un sÁmboloÁ», dijo, Á«todos hablan de Á©IÁ».

Á Á Á Á Á Un sÁbado vino a Veracruz a visitar Mardencuentros, la escuela que Corkidi habÁ-a creado para ni±os sin recursos. Ellos se conocÁ-an de hacÁ-a mucho, en Radio unam. Le entusiasmÁ³ nuestro proyecto; habÁ-a galletas, le gustaron, se llevÁ³ algunas para el camino: era goloso.

Á Á Á Á Á Viajaba mucho en ese tiempo. Á¿Extra±as MÁ©xico?, le preguntÁ© una vez. SÁ-, todo, contestÁ³, la casa, la gente, tocÁ³ el hombro a Guillermo, Á-bamos en el auto, son mi familia. Generoso, ayudaba en las tareas al hijo de una de las muchachas de servicio.

Á Á Á Á Á Cuando ya en la vejez se quedÁ³ sin voluntad, y otros decidieron por Á©I, los echaron a todos, su gente de servicio, su familia, para fracturar la atmÁ³sfera de su mundo en una maniobra de maldad e intenciones sombrÁ-as, una mÁjs de las muchas que perviven en nuestro estado, y en el paÁ-s entero. Á%ol mismo escribe: MÁ©xico es un paÁ-s envilecido e irredimible. Una sensaciÁ³n de desastre recorre el mundo.

Á Á Á Á Á He vuelto a vivir en Veracruz; voy a Xalapa todas las semanas, a dar algÁn curso, a mi taller Cartas al Coronel, y no puedo evitar recordarlo cada vez que llego, como si una ausencia le pesara a la vida de las horas que paso allÁ-; siento esa nostalgia de lo suyo en que yo pensaba, lo visitase o no, latir en el aire de Á«La Ciudad de las FloresÁ» que Á©I amÁ³; se dicen tantas cosas de la memoria; yo tengo para mÁ- que, mÁjs que puerta a la reivindicaciÁ³n del pasado, serÁ; alivio seguir siendo parte de lo que fluye ante nuestras vidas, y que nos sostenga rumbo al ma±ana, como una raÁ-z imposible que nos consuela de ser hojas al viento.

Á Á Á Á Á Fue doloroso presenciar el derrumbamiento de su grandeza. Una Navidad fui a saludarlo; casi no podÁ-a ya hablar, afÁsico, y ellos, su familia, tenÁ-an que interpretar sus gestos, sus deseos; lo hacÁ-an de maravilla, uno se daba cuenta de que Á©I aprobaba, con los gestos, con la mirada. Ese dÁ-a estaba Roberto Culebro; lo conocÁ-a bien y traducÁ-a la voluntad de lo que era apenas un balbuceo. Platicamos acerca de Lezama Lima y otro cubano que se me ha borrado, de Sandor Marai; le preguntÁ© quÁ© leÁ-a; alguna vez que fue a Veracruz nos vimos para comer, releÁ-a por enÁ©sima vez Guerra y paz, la ediciÁ³n de PorrÁ³a, varios tomos en pasta dura; es muy buena, decÁ-a; Tolstoi era, junto a ChÁ©jov, uno de sus favoritos. HabÁ-amos comentado el carÁcter enÁrgico, tozudo, del gran patriarca de la literatura rusa, su signo astrolÁ³gico, parte de su vida, las equÁ-vocas relaciones con SofÁ-a, el tormentoso disentiimiento. Esa vez era otra cosa, muy diferente; ahora leÁ-a un libro con ilustraciones coloridas, algo sencillo; Te leo, me dijo, y leyÁ³, en voz alta, para mÁ-; era como un ni±o cuando aprende a leer; el libro, de esos elementales, de viajes, frases sencillas, construidas para principiantes; tropezaba con las palabras, regresaba, apenas podÁ-a pronunciarlas, titubeaba impotente, dolÁ-a mucho verlo de ese modo; asistÁ- a la decrepitud de mis padres, a la ancianidad de abuelos, de algÁn tÁ-o: desmigajarse del polvo humano para iniciar el regreso al polvo total; y presenciar a este gigante de las letras, abandonado por sus hermanas, sus hijas, sus esposas, sus esclavas, las palabras, era una tragedia, dolÁ-a ver al mago del lenguaje sin su magia, sin la batuta majestuosa del antiguo poder. Lo habÁ-a alcanzado la desesperanza angustiante de las atmÁ³sferas que creaba, el peso de ese como delirio que, a la vez que los empujaba, era lastre para la movilidad siempre en fuga de sus personajes. El destino se desquitaba por una vida maravillosa: venganza terrible.

Á Á Á Á Á El destino de los hombres es la muerte, dicen los trÁgicos griegos. Yo no creo que lo peor sea eso, siempre he pensado que lo mÁjs triste es la revancha de los hados, la reivindicaciÁ³n del destino contra nuestra soberbia, aplastar la altanerÁ-a de la juventud, de ese vigor de sentirnos invencibles, poderosos, fuertes, eternos, la sangre llena de vida para embestir las circunstancias y devorarlo todo, como si fuÁ©semos divinos, los inmortales. Y uno presume que los fuertes no mueren nunca.

Á Á Á Á Á Supe siempre que no pertenecÁ-a al gremio de sus amigos Ántimos; fui como del segundo cÁrculo, por decirlo asÁ. Hace mucho, una novia me dijo que tengo el grave defecto de enamorarme de las personas. Yo quise ser leal a la amistad, a la admiraciÁ³n que sentÁ-a por Á©I, por su obra; lo intentÁ© hasta el final. Espero que Á©I haya sentido eso; quiero pensar que sÁ-, pues, al tiempo que lo fueron dejando solo, cuando la declinaciÁ³n hacia la vejez lo hizo presa en sus garras, y el ambiente a su alrededor se tranquilizÁ³, sentÁ- cambios en su actitud, una identificaciÁ³n de almas, lo que observaba Á©I de ChÁ©jov. SeguÁ- yendo a su casa, hasta que las circunstancias lo permitieron; las Á³ltimas veces que lo visitÁ© debÁ-a pedir autorizaciÁ³n, vÁ-a telefÁ³nica, a la gente del dif, firmar entrada y salida en una libreta donde llevaban el registro de visitas. Ya no estaba su personal, su familia; gente extra±a, con tipo de enfermeros militares, se hacÁ-a cargo de su cuidado, que parecÁ-a ser eficaz pero ya sin la calidez que lo habÁ-a rodeado siempre; los perros, sin dejarlos entrar a la casa, aullaban desde el jardÁ-n. Luego ya no me permitieron verlo. Llamaba, me decÁ-an que su mÁ©dico no lo autorizaba; iba, a pesar de todo, a la casa, me negaban la entrada, despuÁ©s ya ni siquiera me abrÁ-an la puerta; tocaba un buen rato, nada; asÁ- varias veces. DejÁ© de ir.

Á Á Á Á Á Escribo para descifrar el universo, escribiÁ³ una vez, citando a Faulkner; y esa escribanÁ-a donde el universo le entreabriÁ³ la puerta para dejarse descifrar, imagino cuando lo pienso, era como un himno anunciado por los Ángeles

del verdadero para- so que todav- a los hombres no hemos conocido.

Â Â Â Â Â Escribo esto por casualidad, no sab- a que lo har- a, ni ten- a intenci- n de hacerlo; platicaba con Silvia Eugenia Castillero de algunas an- cdotas, de la bit- icora que hab- a llevado de mis visitas y los encuentros con Â. Escr- belo, me dijo ella. As- lo hago; mientras, pienso en las jacarandas que a Â le gustaban tanto, Est- ñn floreado las jacarandas, qu- bonitas, dec- a encantado, y me hago cargo de pronto de que estamos a poco de un a- o de su muerte. Hace unos d- as, con un d- a de diferencia, ha muerto tambi- n mi madre. Nacieron el mismo a- o, ten- an la misma edad al morir, y esas conjunciones, como las llama Jung, que en el vulgo decimos coincidencias, me suceden a cada paso, todo el tiempo, como si los enigmas me estuviesen buscando, llamando, hablando con su idioma de silencios secretos que no s- interpretar; y me golpean y sacuden hondo, colmado de preguntas, cuando reparo en que avanzo por los a- os igual que un ciego, a oscuras, ignorante de los misterios de la existencia, cada vez m- is lejos de eso que Mar- a Zambrano designa Â«la verdad vivienteÂ». Y las chispas moradas en esos - rboles, con el luto de la cuaresma, abren como una herida en que la luz alumbra todas las tristezas.

Â Â Â Â Â Ese d- a estaba con Juan Manuel Guerrero en Las Barrancas, un pueblo de pescadores por el rumbo de Ant- n Lizardo; lo acompa- a su c- rculo de lectura con los ni- os de la escuela rural de all- i, sitio ed- nico, y aunque cercano, aislado; suele haber deficiente se- al, pero las alas de la tragedia vuelan r- pidas. El mensaje de Manuel Salinas lleg- a instant- neo: acababan de anunciar su muerte.

Â Â Â Â Â Â «Todos nos iremosÂ», dice el poeta. Â Veracruz, abril-mayo de 2019